

SISTEMAS DE MEDIACIÓN CULTURAL Y HEGEMONÍA:  
FORMACIONES CULTURALES Y REPRODUCCIÓN DEL ORDEN CAPITALISTA

Autor: E. Gustavo Rojas.

Correo electrónico: egustavorojas@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

En la introducción a la edición brasileña de *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (González Casanova, 2003), José Paulo Netto se pregunta –en rigor de verdad, nos pregunta– “¿qué puede haber más allá de la tiranía del neoliberalismo?”, proponiendo como condición necesaria para desentrañar este interrogante la dilucidación de los mecanismos de legitimación que le dan su aparente sustento. Hace hincapié principalmente en las características del modelo democrático neoliberal, que junto a otras construcciones discursivas –la lucha contra el terrorismo, la lucha contra la subversión y demás manifestaciones que todos conocemos– han operado como mecanismos de legitimación e imposición de su lógica.

Durante el desarrollo del seminario “Trabajo Social: rupturas y continuidades”, dictado por la Dra. María Lúisa Martinelli en la Facultad de Trabajo Social dependiente de la Universidad Nacional de La Plata los primeros días del mes de julio de 2007, dos hechos históricos me hicieron recordar la pregunta de Netto: una nueva movilización para pedir el esclarecimiento de la desaparición –ocurrida en septiembre de 2006– de Julio López, cuyo testimonio había sido fundamental en el enjuiciamiento del ex represor Miguel Etchecolatz y, días antes, el quinto aniversario de los asesinatos de Maximiliano Costequi y Darío Santillán cometidos por personal de la policía bonaerense.

No creo que estos hechos indiquen que estemos ante ese “más allá” señalado por Netto; los argentinos o, para mejor decir, los pueblos latinoamericanos, bien conocemos este tipo de prácticas porque nuestra dolorosa historia ha registrado cientos y miles de casos. Sin embargo, es evidente que no por ello estos aniversarios, con la consecuente reactivación de reclamos sociales en demanda de justicia, son índices de dicha “tiranía” en sí misma. En ambos casos resuenan las estrategias más aberrantes a las que ha recurrido el capital para imponerse como fundamento último de nuestra vida social y política, pretendiendo callar a través de muertes y desapariciones la voz de quienes denuncian su naturaleza opresiva y alienante.

La conexión entre los contenidos del seminario y estos hechos resultó inevitable; en los encuentros del seminario abordamos categorías de la dialéctica en tanto instrumentos para desentrañar la realidad, y esta misma racionalidad aparecía como una posible lectura de ambos aniversarios. Para emprender este proceso, empero, debí concentrarme en algunos puntos particulares de las disertaciones y el intercambio entre colegas, principalmente aquellos que hacen referencia a las formas de mediación cultural, y más específicamente los que atañen a la construcción del discurso periodístico.

Son múltiples y complejas las modalidades que ha adoptado históricamente la mediación entre las relaciones sociales de producción capitalista y la vida cotidiana de los sujetos. Son también múltiples y complejas las formas en que las corrientes materialistas han dado cuenta de esta mediación y evidentemente no podremos abarcarlas en este trabajo. Antes bien, intentaremos analizar cómo dichas mediaciones aportan a la construcción de identidades socio-culturales, entendidas como síntesis dialécticas en el marco de procesos históricos, y cómo determinadas formaciones socio-culturales aglutinan sistemas de mediación que claramente reaccionan ante dichos procesos.

En el orden personal, una anécdota de vida cotidiana contribuyó a la construcción de estas reflexiones. Conduciéndome por el centro de la ciudad el día de la marcha reclamando el esclarecimiento y la aparición con vida de Julio López, volví a escuchar en la radio del taxi y de boca de su conductor las trilladas quejas por los cortes de calles y por los desvíos que debía realizar para llegar a destino. Las quejas venían acompañadas de una clara connotación peyorativa hacia los actores sociales que confluían en la plaza para manifestar el reclamo... Qué procesos de orden económico, político, social y cultural subyacen a estas expresiones que circulan en el espacio de los medios de comunicación y se replican en las charlas cotidianas, me pregunté, y entonces la pregunta de Netto resonó con mayor fuerza...

#### APUNTES SOBRE EL NEOLIBERALISMO

No resulta sencillo caracterizar nuestra actual coyuntura sociohistórica, sintetizando todas las transformaciones que en los órdenes económico, social, político y cultural trajo consigo la “recesión generalizada de la economía capitalista internacional” (Netto, 1996). Si de vincular el neoliberalismo con el actual patrón de acumulación capitalista se trata, es evidente que asistimos a una profunda reestructuración del mercado, de las clases sociales, principalmente de la clase obrera que durante el período sustitutivo de importaciones –en el caso latinoamericano– había alcanzado un notable margen de organización. Se ha observado que dichos procesos, junto a la prevalencia del capital financiero por sobre la llamada “economía real”, basada en las actividades primarias e industriales, tienden concomitantemente a expresarse en marcos que exceden las fronteras nacionales y regionales para abarcar el sistema global de relaciones sociales de producción en su conjunto (González Casanova, 2003).

La hegemonía del capitalismo contemporáneo encuentra en la democracia neoliberal, como se dijo en la introducción, una forma de justificarse, incluso frente a los efectos que en términos sociales son cada vez más notables y catastróficos. Desvinculado de la racionalidad sustantiva que acompañó sus primeras manifestaciones en el período de la Ilustración, el capitalismo se ha ceñido a la racionalidad técnica que fundamentaba el proyecto de la modernidad, en conjunción con las aspiraciones a la liberación humana del dominio de la naturaleza y de la entonces creciente pauperización, postulado que ha sido dejado de lado por el avance de la burguesía como clase dominante. Las transformaciones sociales que produjo y sigue produciendo esta “racionalidad burguesa” (González Casanova, 2003) son las consecuencias de un viraje evidente de la economía capitalista en su intento de sustituir el patrón rígido de acumulación característico del período keynesiano-fordista por un patrón más flexible, que podría denominarse capitalismo tardío o capitalismo monopolista contemporáneo (Netto, 1996), que ha profundizado sus contradicciones inmanentes –en primer lugar, la contradicción entre capital y trabajo – y como consecuencia de ello sus modos de regulación y control social.

En nuestro caso particular, la evidencia histórica da cuenta de un proceso de alcance continental para imponer una lógica capitalista al servicio de los países del cono norte, principalmente los Estados Unidos, mediante la aplicación de mecanismos represivos que incluían la remoción de presidentes que fueron sustituidos por regímenes de facto, la persecución abierta a los opositores y, en los casos más extremos, su desaparición y muerte. Los gobiernos militares de Latinoamérica estaban encabezados por oficiales formados en la llamada “Escuela de las Américas” donde recibían adiestramiento en “técnicas de interrogatorio y guerrilla contrainsurgente”. Tres décadas más tarde el mismísimo Henry Kissinger, entonces secretario de estado norteamericano, reconoció la participación de su país en la implantación de la “Doctrina de Seguridad Nacional” en los países latinoamericanos a través de esta aberrante metodología.

A sangre y fuego, entonces, se impuso en el continente un modelo político económico que, siguiendo a Eduardo Daniel López podríamos denominar “autoritario-modernizante” (López, 2000), entendiendo por “modernizante” su ajuste al nuevo patrón de acumulación capitalista. Si bien los gobiernos democráticos que se sucedieron a partir del año 1983, es decir, siguiendo el mismo autor, el período de “democracia restringida”, sostuvieron un régimen económico similar, se reconoce el período menemista como aquel que durante la década del noventa siguió con mayor acatamiento las pautas establecidas en el llamado consenso de Washington, en orden a la apertura económica, la reducción del gasto estatal, la flexibilización del trabajo, la privatización de los servicios elementales y la sobreprotección del capital financiero internacional en desmedro del sector industrial.

Los defensores de las políticas neoliberales se valieron de pretextos –tales como la teoría del derrame, el fin de la historia, entre otros igualmente inaceptables– para legitimar la imposición del nuevo patrón de variables económicas, políticas y sociales. De un modo más solapado, las teorías funcionalistas sobre la globalización –diríase, mejor, transnacionalización

de las relaciones capitalistas de producción y explotación— señalaban que desde sus comienzos la sociedad no ha dejado de ampliar sus formas de comunicación, y que la mundialización de la economía es una consecuencia natural de dicho proceso. Sin embargo, la lógica imperialista y el carácter polarizante que ostenta el orden hegemónico que a través de estos subterfugios intentó escamotearse es a todas luces novedosa desde la perspectiva histórica. Si en otras épocas la vinculación entre las naciones ofrecía en mayor o menor medida oportunidades de crecimiento e integración, en las últimas décadas la globalización de la economía no ha dejado de potenciar las desigualdades sociales y la exclusión de pueblos enteros.

Es evidente, por otra parte, que mientras el patrón de acumulación del capitalismo contemporáneo pugna por la transnacionalización del capital, sobre todo en sus variantes “virtuales”, la mano de obra se encuentra cada vez más “atada territorialmente”, circunstancia que deja en evidencia sus contradicciones inmanentes (Samir Amin, 2001). En el mismo sentido, el estancamiento que en términos económicos significa la preeminencia del capital financiero por encima de las actividades primarias y secundarias no es tampoco una contradicción que pase desapercibida a los analistas.

Es cierto que la tendencia globalizante del capitalismo existía ya en formas germinales en sus inicios, en la época del colonialismo; la nota distintiva de las últimas décadas es que ha logrado extenderse con una notable rapidez (Hirsch, 1997), valiéndose del poder que le otorga la creciente concentración del capital, el poder coercitivo de las armas en manos de los países más “desarrollados” y la restricción de los instrumentos jurídicos con que cuentan las economías locales y regionales para defenderse a partir de la instauración del modelo. Visto de este modo, el llamado “nuevo orden mundial” no es más que una nueva manifestación de la lucha de clases a nivel planetario, con un reducido número de estados naciones y corporaciones económicas que compiten entre sí para monopolizar el capital y la fuerza de coerción que limita los intentos de acotar su poder hegemónico.

Desde la óptica de sus impulsores, el proyecto del capital ostentaría un carácter unidireccional que daría cuenta del mismo como un orden o curso natural de la historia. Sin embargo, la creciente heterogeneidad de la periferia y la progresiva desigualdad polarizante, previamente aludida, es un claro indicador de la falacia que tal idea representa. La búsqueda de la máxima rentabilidad, por otra parte, conduce inevitablemente a una serie de estancamientos y conflictos regionales que se potencian entre sí, propendiendo al establecimiento de sucesivas crisis a nivel internacional que impactan directamente en la esfera social, política y económica de los estados naciones. Ante dichas situaciones, el capitalismo transnacional apela a los discursos característicos de “la derecha en crisis” (Samir Amin, 2001), exacerbando los discursos nacionalistas, demonizando a todo posible oponente, llevando al plano de las representaciones sociales la misma polarización que se manifiesta en el plano de las relaciones económicas y políticas.

## IDENTIDADES COLECTIVAS EN LA ARGENTINA POST NOVENTA

El modelo agroexportador que impulsó la generación del ochenta a principios del Siglo XX en nuestro país significó el aprovechamiento de las condiciones materiales de una economía en transformación. La necesidad de concentrar territorialmente un amplio ejército industrial de reserva halló en la apertura de fronteras a la inmigración y en la expulsión de mano de obra excedente en Europa un punto de anclaje sumamente propicio (Oliva, 2005). La llamada “cuestión social” que trajo aparejado el movimiento de la clase obrera hacia un polo determinado de producción –y hacia una región geográfica específica– motivó la intervención del estado a través de prestaciones que, a cuentagotas, contenían el conflicto y reproducían la fuerza de trabajo. Como han señalado Netto y Oliva en la bibliografía consultada, el pase a la fase monopólica del capitalismo incrementó la complejidad de la relación entre demandas y respuestas institucionalizadas, y al mismo tiempo de las mediaciones inherentes al proceso.

En la evolución del proceso histórico, dichas demandas encontraron puntos de aglutinación en las agencias del estado, en los partidos políticos y en los sindicatos. La encriptación de una nueva relación entre el estado y el movimiento obrero durante los dos primeros gobiernos peronistas, por otro lado, implicó una ampliación de las prestaciones sociales conquistadas previamente. Vale aclarar que se trató, no obstante, de una ampliación sesgada por las categorías laborales, dado que las demandas encontraban puntos de anclaje institucional de acuerdo a la ocupación de cada trabajador. Se ha señalado asimismo que el proceso peronista de reestructuración estatal y del movimiento obrero no resolvió la cuestión social sino que, en todo caso, estableció una nueva lógica de reproducción de la mano de obra (Oliva, 2005).

En esta evolución de la cuestión social, por otra parte, se operó al nivel de la superficie, sin alterar la base de relaciones materiales que subyacen al modelo de producción capitalista. Paulo Netto se ha referido a esta situación a través del concepto de “refracción” (Oliva, 2005) tomado de las ciencias exactas, fenómeno por el cual un cuerpo parcialmente sumergido parece a simple vista quebrado, provocando la impresión de un segmento inferior disociado de aquel que sobrepasa la superficie. Del mismo modo, la contradicción entre el capital y el trabajo inherente a la lógica de acumulación hegemónica se hizo pasar históricamente desapercibida a los fines de conservarse en su lugar, disociando el complejo haz de demandas de la clase obrera y las relaciones materiales de producción capitalista que representaban su verdadero origen.

Con la crisis del modelo fordista en la explotación de la mano de obra y la crisis del estado benefactor en lo atinente a las prestaciones sociales, las demandas de la clase obrera perdieron su eje en la órbita estatal y el sindicato. Los intentos de establecer un nuevo orden prestacional en torno a las ONGs parcialmente financiadas por el estado terminaron desguazando la lógica de relaciones demanda-respuesta que había contenido el conflicto social durante la llamada “época de oro del Welfare State”. A esta altura del proceso histórico cobra

mayor sentido la metáfora del caleidoscopio con que Lamamoto grafica el haz de refracciones de la cuestión social que impactó en la vida cotidiana de la clase obrera. Si consideramos los efectos que desde el punto de vista macroeconómico provocó la implementación de políticas neoliberales, tales refracciones rebasaron el ámbito fabril (Oliva, 2005) y el coto territorial que la hegemonía justicialista intentó poner a la clase trabajadora.

Con las modificaciones introducidas en la lógica prestacional del estado y el sindicato, las expectativas de la clase trabajadora se volcaron al territorio barrial, donde a fines de los noventa el justicialismo instaló agentes distribuidos en una cuadrícula asistencial y clientelar para contener la conflictividad inherente a la flexibilización laboral y el creciente desempleo. Se ha observado que dicha estrategia de fragmentación de la clase obrera terminó socavando los intereses últimos del régimen justicialista: el repliegue de la clase trabajadora en el territorio permitió la construcción de nuevos sujetos colectivos, ya no identificados con categorías laborales específicas, sino con la situación de desempleo y exclusión social. La centralización en el gobierno nacional de la gestión de los planes sociales, con lo cual se intentó poner un límite a los poderes locales y regionales, terminó de configurar un terreno favorable a la conformación de dichas identidades: la necesidad de negociar con el gobierno central la distribución de prestaciones –más específicamente, la asignación del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados– favoreció la organización de la clase trabajadora desempleada y el desborde de los límites territoriales que intentó imponérselos (Delamata, 2004) a través de las políticas asistenciales.

La identidad de los nuevos movimientos de trabajadores desocupados se constituyó, por lo tanto, en el ámbito del territorio, aunque deben señalarse algunas restricciones sobre esta mirada. En primer lugar, que en la síntesis de elementos que confluyeron en la construcción de su identidad no debe desestimarse la experiencia de lucha que la clase obrera había emprendido durante el período de industrialización. Numerosos estudios dan cuenta de que los referentes de estos movimientos sociales provenían, en gran medida, de las categorías laborales que otrora tuvieron una fuerte impronta sindical. Por otro lado, es evidente que la dinámica vertiginosa y por momentos fuera de control que caracterizó el proceso de exclusión social y laboral masiva en nuestro contexto inmediato (Svampa, 2005) no obstaculizó la reorganización de la clase trabajadora sino que, por el contrario, ofreció una plataforma de alternativas que los movimientos de trabajadores desempleados supieron sintetizar estratégicamente.

En cuanto a la configuración del espacio y el territorio que también intervino en la síntesis y construcción de estos nuevos sujetos colectivos, resulta apropiada la forma en que Lefevre caracteriza el “espacio vivido” (Delamata, 2004): frente a las contradicciones que se manifiestan entre los modos de percibir materialmente el espacio y de concebirlo en términos políticos y utópicos, los sujetos colectivos reconstruyen y se representan el espacio de un modo vivencial y dinámico. La limitación territorial que intentó implantar el justicialismo clientelar, en el caso del conurbano bonaerense mediante la ubicación estratégica de agentes asistenciales por manzana –las llamadas “manzaneras”– fue percibida como una forma de

limitar derechos y reivindicaciones sociales, de acotar la identificación de los nuevos desocupados con la clase trabajadora. En contra de tales aspiraciones, los nuevos sujetos colectivos construyeron sus propias formas de concebir el territorio, signando claras diferencias con el modelo que intentaba imponérselos.

Si bien la inclusión del “corte de ruta” en el repertorio de la protesta colectiva impresionó a los medios de comunicación y a la “opinión pública” como una interrupción, lo fue únicamente en el plano del espacio percibido materialmente. En el plano del espacio concebido políticamente, significó un punto de anclaje y confluencia de demandas, en primera instancia de trabajo y autonomía, que la clase obrera supo explotar estratégicamente. También la demanda por la asignación de prestaciones resultó un medio estratégico que en términos de concepción política y de clase fue incorporada al repertorio de la protesta social con fines que sobrepasaron ampliamente la intencionalidad con que fueron implementadas por el gobierno justicialista (Delamata 2004).

Un claro indicador de lo que se viene manifestando es la diferenciación que la bibliografía consultada establece entre las primeras experiencias del movimiento piquetero, que tuvieron lugar durante 1997 en localidades donde la privatización de YPF dejó a la deriva a numerosas familias que habían construido su proyecto de vida en torno al trabajo en la empresa estatal, y las experiencias posteriores del movimiento. Los primeros cortes de ruta estaban motivados por demandas hacia la comunidad local y la recuperación del espacio laboral que la privatización y el cierre de plantas había provocado. Los cortes de ruta post noventa, por el contrario, significaron la confluencia de movimientos de trabajadores desocupados de diversas categorías laborales, y las demandas desbordaron el plano territorial de las comunidades y los barrios para abarcar un espectro más amplio de reivindicaciones y derechos vulnerados.

## SISTEMAS DE MEDIACIÓN Y HEGEMONÍA

El creciente interés de la teoría crítica por los estudios culturales ha conducido a relativizar el concepto de “determinación” que ciertas visiones restringidas de la obra marxista empleaban para designar la relación entre las condiciones materiales y las formas culturales. Se ha observado que el mismo Marx desestimó tal forma de concebir esta relación (Williams, 1980), del mismo modo que criticó el manejo de categorías abstractas y la separación entre el pensamiento y la acción que tales concepciones reduccionistas suponen. Las mismas contradicciones existentes en la base o estructura material bastan para demostrar que no se trata de una categoría abstracta en general, sino que debe comprenderse como una forma histórica precisa, y no es diferente el caso de la superestructura.

Siguiendo la evolución de la relación entre base material y superestructura, se ha intentado también emplear la categoría de reflejo, ya se trate de un reflejo de la realidad, del

mundo interior de los sujetos –materialmente determinado– o de los objetos que lo rodean. Puede diferenciarse al interior de esta evolución un materialismo mecánico, para el cual solamente se reflejan objetos materiales, y un materialismo histórico, que considera el reflejo de los procesos sociales reales en toda su complejidad. Cada una de estas posturas se convirtió en un programa cultural y en una corriente crítica (Williams, 1980). Para salvar la imprecisión de las teorías del reflejo, la relación entre base material y subestructura comenzó a verse como un proceso de mediación; fueron los representantes de la Escuela de Frankfurt quienes propiciaron principalmente el empleo de esta categoría para el análisis cultural.

Un agudo analista de las sociedades capitalistas avanzadas como Gramsci, ha observado que la conformación de sujetos colectivos y las luchas que éstos emprenden han derivado en una mayor autonomía funcional de la sociedad civil respecto de la sociedad política, encarnada esta última en el aparato coercitivo del estado. Señaló que al margen del aparato político del estado en sentido estricto, las sociedades capitalistas avanzadas se caracterizan por la construcción de “aparatos privados de hegemonía” que difunden la ideología de las clases sociales (Marro, 2006) en distintos ámbitos de la vida cotidiana. Se entiende así que mientras en la sociedad civil las clases ejercen la hegemonía a través de la dirección política y el consenso, en la sociedad política lo hacen a través de la coerción en sus diversas manifestaciones, diferenciación que no debe conducirnos a desestimar la prevalencia de los intereses que sigue la clase social fundamental en ambos planos.

El problema de la hegemonía, entendido en estos términos, atañe a las esferas de la vida social y cultural donde se expresa la dirección intelectual y moral de una clase fundamental, difundiendo su visión de mundo a otros grupos sociales (Marro, 2006). El ámbito de la hegemonía es, por lo tanto, el escenario de la lucha cultural, donde los actores colectivos pugnan por imponer aquellas representaciones sociales que resulten más proclives a conservar su posición. Es una trampa, por lo tanto, deslindar la hegemonía de la dominación a través de los aparatos coercitivos del estado, como si se tratara de una dicotomía irreductible, toda vez que en ambos momentos del proceso histórico se manifiestan y refuerzan los mismos intereses de clase. El aporte de la posición gramsciana radica, principalmente, en la diferenciación analítica de ambas instancias para señalar que en las sociedades capitalistas avanzadas el acceso al poder y la preservación en el mismo requiere en forma concomitante la conducción hegemónica de la sociedad civil y los grupos que la integran.

Una de las evidencias más claras de las necesidades del capital de hacer prevalecer su dominación en el orden político y su hegemonía en el orden socio-cultural es el conjunto de estrategias que despliega en los momentos en que su patrón de acumulación entra en crisis demandando transformaciones estructurales que contribuyan a perpetuar su prevalencia en ambos órdenes. Nos interesa señalar en este punto que si el capital global ha tenido en el estado un poderoso sistema de mediación para cumplir con este fin, no es menos cierto que ha tenido en el ámbito de la sociedad civil también sus formas de mediación solidarias al mantenimiento de su hegemonía. Al igual que Gramsci, Williams postuló que este proceder de las prácticas hegemónicas se vale de “instrumentos culturales” que intervienen en la

construcción de tópicos y figuras discursivas, siempre favorables a la clase social dominante y en detrimento de las clases subalternas (Sarlo y Altamirano, 1993).

El concepto gramsciano de hegemonía, por otra parte, permite considerar en el análisis social las posibilidades de las distintas clases sociales, en esferas tan diferentes de la vida social como el arte, el ocio, la vida privada y la comunicación social, que antes de su formulación difícilmente eran considerados relevantes. Por otra parte, el concepto de hegemonía acuñado por Gramsci no puede encuadrarse en el esquema base-determinante-superestructura determinada, porque se relaciona con un amplio espectro de fenómenos de mayor alcance y complejidad. La hegemonía, la contrahegemonía y la hegemonía alternativa no son simples sistemas o estructuras, sino procesos complejos que se crean y recrean históricamente a través de procesos y sistemas de mediación también de naturaleza histórica (Williams, 1980).

Generalmente, el análisis cultural se basó en el estudio de las tradiciones y las instituciones. Si bien es cierto que estos “instrumentos culturales” operan de una forma poderosa en la selección de contenidos sustantivos y en la conexión con el pasado de los grupos sociales, también lo es que en las sociedades capitalistas avanzadas cada vez tienen un rol más destacado las formaciones culturales. Se trata de aquellos movimientos y tendencias efectivos de la vida intelectual que operan activa y decididamente en la cultura y tienen relaciones variables –a veces solapadas– con las instituciones formales. Se reconocen por sus producciones discursivas que, por lo general, circulan en distintos ámbitos de la cultura, desde los espacios académicos hasta las charlas cotidianas y, con frecuencia, en el campo periodístico; por la misma razón, son un fuerte instrumento cultural en lo que respecta a la reproducción del discurso hegemónico.

#### EL PERIODISMO COMO SISTEMA DE MEDIACIÓN REACCIONARIA

Las producciones de las formaciones intelectuales y culturales no tienen como único destinatario al cuerpo social; también el estado, de una u otra forma, es un receptor atento de sus producciones discursivas. Si dichas producciones no se interpretan como un desafío a su poder de dominación, el sistema de mediación estatal suele otorgarles un espacio; si se interpretan como un desafío, se trata de incorporarlas o “digerirlas” de forma tal que el conflicto no sea percibido por el cuerpo social; si no se logra incorporarlas, si el desafío permanece abierto y latente, se lo combate, en forma directa o, como en el caso que analizaremos seguidamente, a través de otras formaciones culturales solidarias al discurso hegemónico (Donas y Milstein, 2002).

Los asesinatos de Darío Costequi y Maximiliano Santillán impresionan a primera vista como la continuidad de una práctica represiva que se ha desarrollado en nuestra región, con mayor o menor intensidad según el período, durante varias décadas de nuestra historia reciente. Sin embargo, detrás de esa aparente continuidad, es posible percibir un quiebre

histórico dado que su ejecución puso en riesgo la “estabilidad” que el gobierno justicialista, instalado como una instancia de “transición” después de los reemplazos en la presidencia que se sucedieron después de diciembre de 2001, se jactaba de haber logrado. Basta recordar al respecto que el presidente de dicho período transicional debió adelantar las elecciones para contener, parcialmente, la crítica y el conflicto posterior a las muertes.

Las cristalizaciones del neoliberalismo en el sistema político-económico argentino, como manifestación particular del modelo hegemónico a nivel global, parecían indicar que sólo el justicialismo era capaz de asumir la conducción del país. Pero la muerte de dos referentes del movimiento piquetero, como podemos observar con la perspectiva que nos otorgan los cinco años transcurridos desde entonces, hizo tambalear el tablero. Los asesinatos de Costequi y Santillán desnudaron frente a la “opinión pública” las estrategias represivas de las que se valía el sistema para sostenerse en su lugar. Lejos de acallarse, las voces de los nuevos sujetos colectivos que emergieron al fragor de la Argentina post noventa se autoafirmaron y confirmaron ante la sociedad como los nuevos protagonistas de la protesta social, sustituyendo a los sindicatos que ante las transformaciones económicas del período menemista se habían llamado a silencio (Schuster et al, GEPSAC, 2006).

La repercusión que en los medios de comunicación nacionales e internacionales tuvieron las muertes de ambos referentes sociales son también un claro indicador de la singularidad que ostentan los hechos acontecidos en la Estación de Avellaneda. Frente a ello, nos interesa señalar aquí que dichos eventos reactivaron en el campo del periodismo su rol en el sistema de mediaciones que reproducen en el ámbito del discurso, la noticia y la opinión, imágenes sobre los actores colectivos y el conflicto social, representaciones que son más o menos afines a determinados posicionamientos sobre el orden político hegemónico.

Es importante señalar al respecto que frente a los eventos disruptivos del 26 de Junio de 2002 los medios periodísticos se vieron en la obligación de construir una versión de los hechos con precarios elementos fácticos. Diseminadas por distintos puntos donde se desarrolló la protesta, pocas cámaras –aparentemente, sólo una– estuvo presente en el lugar preciso donde se produjeron los asesinatos, pero ello no se daría a conocer sino hasta la semana siguiente. Los televidentes durante la jornada sólo pudieron apreciar cómo los cuerpos sin vida de Darío y Maximiliano eran cargados en un patrullero, pero la imagen se difundió como uno de los tantos “flashes informativos” del día.

No menos precarios fueron los elementos con que contaba el periodismo en su afán de producir la noticia; operó allí de forma notable el orden ideológico de cada formación en particular, dando cuenta de las muertes a través de representaciones sociales sobre el conflicto, la protesta y los actores involucrados, como se observa en este titular: “Agresores. Aseguran que los piqueteros fueron para atacar a la policía “ (sin firma, Infobae, edición del 27/06/2002). Es cierto que un análisis pormenorizado de las noticias publicadas el día posterior al asesinato de Maximiliano Costequi y Darío Santillán debería incluir diferentes artículos para señalar regularidades y contrastes, pero el que se inicia con este titular es claramente representativo de lo que venimos afirmando.

No sólo aparecen representados en la nota los actores sociales que intervinieron directamente en el conflicto; existe una clara connotación peyorativa en la designación del movimiento piquetero, cuyos integrantes son representados como los agresores y atacantes, es decir, como responsables de lo sucedido. ¿Quiénes “aseguran” lo afirmado en el titular? Más adelante se lee en la misma nota: “El comisario Vega dijo que ‘esta gente (al referirse a los manifestantes) venía en forma artera a combatir y atacar a representantes de la seguridad del pueblo’ y, calificándolos de ‘agresores que van a atacar a la policía’, los acusó de ‘generar una situación desafortunada que lleva al fallecimiento de dos personas’”. Son los referentes de la fuerza policial, los agentes del aparato represivo del estado quienes “aseguran” que de este modo ocurrieron los hechos. Toda la nota a la cual nos referimos –cuya reproducción se incluye como anexo del presente trabajo– está basada en manifestaciones del personal policial.

En los primeros párrafos se refuerza la idea de una fuerza policial que representa “la seguridad del pueblo”, y su confrontación con la imagen de un colectivo que provocó los incidentes, el ataque y las muertes se sostiene a lo largo de toda la nota. Es apropiado observar que el responsable del artículo –cuyo nombre no se indica– construye su visión de los hechos en función de esta dicotomía que opera como un “instrumento cultural” al servicio de una visión solidaria al orden político y económico que fuera analizado por Gramsci: frente a la imagen de un grupo social que pugna por difundir su visión anti-hegemónica de la realidad a través de la protesta social, se postula la presencia de un colectivo representativo de la ley y el orden victimizado, que reaccionó ante un ataque “artero” y “organizado” adoptando medidas “acordes a la situación”. Dominación y hegemonía, entonces, aparecen representados en el discurso del periodista responsable de la nota –y de la formación cultural que representa– pero tomando claramente partido por uno de los polos que conforman dicha representación social del conflicto y la protesta social.

Interesa señalar aquí que la construcción y reconstrucción permanente de imágenes y representaciones sociales que en los procesos de mediación cultural emprenden los medios masivos de comunicación atañen a una esfera de la ciudadanía que, si bien va ganando paulatinamente reconocimiento jurídico, se halla postergada en comparación con otros derechos que reconoce nuestra legislación. El uso de la palabra en la construcción pública de estas imágenes involucra evidentemente los derechos individuales y colectivos de los sujetos sociales, y no es ocioso afirmar que si en el caso de la imagen pública de las identidades consideradas individualmente tal postergación resulta preocupante (Munhoz Affornalli, 2002), no es menos perjudicial el caso de los sujetos colectivos que diariamente ven cómo en el espacio de los medios de comunicación se reproducen imágenes que tienden a demonizarlos en pos de sus propios intereses de clase. Podríamos agregar otros ejemplos de lo que venimos diciendo –sobre notas periodísticas publicadas en la misma fecha que el artículo referido o en otras circunstancias– pero el ejemplo citado vale como muestra representativa del procedimiento.

Resulta notable, además, que las referencias de los movimientos sociales a través de sus representantes ocupan en la nota un lugar marginal, subsidiario, a través de citas breves y ubicadas en lugares poco destacados de la noticia. El titular del artículo, como puede observarse en la reproducción que acompaña este trabajo, no retoma ninguna de sus manifestaciones. Son numerosos los puntos de la nota periodística que podríamos señalar para reforzar la línea argumental que venimos sosteniendo, pero los puntos indicados resultan por demás elocuentes de lo que creíamos importante destacar.

La semana siguiente a la publicación del artículo periodístico citado, como sabemos, se conocieron las fotografías que mostraban a los “informantes” del diario Infobae junto a los cuerpos sin vida de Costequi y Santillán. El cuadro de las fotografías no pasaba por alto, además, los cartuchos de bala de plomo servidas junto a los manifestantes asesinados. Franchiotti y Vega, los “representantes del orden público” (sin firma, Infobae, edición del 27/06/07) que aportaron los datos reproducidos por el medio periodístico, fueron posteriormente enjuiciados por su responsabilidad en la muerte de Darío y Maximiliano. Vale la pena señalar que sus familiares y compañeros de lucha hasta la actualidad, cinco años después de la masacre, continúan reclamando que también sean enjuiciados los responsables políticos de la represión que ejecutó el personal policial durante la jornada de protesta.

#### CONCLUSIÓN PRELIMINAR

El quinto aniversario de la masacre de Avellaneda, sus repercusiones en el ámbito social y en el campo del discurso periodístico, ponen de manifiesto no sólo una posible respuesta a la continuidad o renovación de la tiranía neoliberal, sino también las modalidades que asume la doble mediación entre la estructura y la superestructura del capitalismo monopolista contemporáneo, en los planos de la dominación y la hegemonía, a través de los aparatos represivos del estado y los medios que en forma paralela difunden imágenes y representaciones de las identidades colectivas, con la única finalidad de conservar la dirección intelectual, moral y cultural de la clase dominante. Del mismo modo que las brutalidades materiales del orden social y político impactan en la vida cotidiana de los sujetos, la brutalidad de un orden hegemónico que en el plano de los discursos y el manejo de los medios de comunicación y difusión cultural no debe pasarnos desapercibida.

El recorrido que hemos efectuado para llegar a estas conclusiones nos interpela también en ambos sentidos: la identidad del trabajo social se ha construido históricamente en su relación con el estado, en tanto sistema de mediación política, y al mismo tiempo en su relación con las representaciones que en el plano cultural difunden la ideología del capital y la clase que lo detenta como propio. Podríamos preguntarnos, a esta altura del análisis, en qué medida participamos en el plano de la sociedad civil –en términos gramscianos– donde la hegemonía de un discurso polarizante, tanto o más polarizante que la misma coerción desde el sistema de mediación político-estatal, reproduce estas representaciones. Preguntarnos de qué

modo intervenimos en este plano de la práctica profesional donde también se construye el orden social al que históricamente ha aspirado nuestra profesión.

Recordando el interrogante inicial –“qué puede haber más allá de la tiranía del neoliberalismo”– reconozco haber dado pasos muy modestos hacia la respuesta. Me estimo, sin embargo, en condiciones de afirmar adónde puede, adónde debe conducirnos la tiranía del neoliberalismo que hemos tratado de analizar: antes que nada, a desentrañar los mecanismos que lo hacen funcionar y a denunciar las prácticas que le dan sustento.

#### BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Anónimo, **Agresores. Aseguran que los piqueteros fueron para atacar a la policía.** *En: diario Infobae*, Buenos Aires, 27 de Junio de 2002.

Delamata Gabriela, *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, EUDEBA, Bs. As., 2.004.

Donas Ernesto y Mistein Daniel, **Producción artística, mediaciones y cambio social**, *En: Actas del IV Congreso Latinoamericano para el estudio de la música popular*, México DF, 2002.

González Casanova, Pablo. **Prólogo. La trama del neoliberalismo: una introducción.** *En libro: La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social.* Emir Sader (comp.) y Pablo Gentili (comp.). CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina. 2003.

Grupo de Estudios Sobre Protesta Social y Acción Colectiva (GEPSAC), **Transformaciones de la protesta social en Argentina 89-03.** *En: Documentos de Trabajo N° 48*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, 2006.

Hirsch Joachim, **Qué es la globalización**, *En: Realidad económica N° 147*, I.A.D.E., Buenos Aires, 1997.

López Eduardo Daniel, **La construcción de la vivienda como proceso de construcción de ciudadanía**, PUC, San Pablo, 2000.

Marro Katia, **Reflexões preliminares sobre o problema da hegemonía no projeto ético-político do serviço social**, *En: Katálysis*, V. 9, N.2, Florianópolis, 2006.

Munhoz Affornalli Maria Cecília Náressi, **O direito à própria imagen e a atuação da mídia**, *En: Anais da II Jornada científica de pesquisa social*, Lúcia Cortes Da Costa (Coord.), Universidade Estadual da Ponta Grossa, 2002.

Netto Jose Paulo, **Transformações societarias e serviço social**, *En: Serviço social & sociedade*, V. VII, N. 50, Cortez, Sao Paulo, 1996.

Oliva Andrea Antonia, **Elementos de la estructura sincrética del trabajo social en Argentina**, En: *Trabajo Social en Argentina. Trazos históricos*, PUC, San Pablo, 2005.

Samir Amin, **Capitalismo, imperialismo, mundialización**, *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre*, Seoane José y Taddei Emilio (Comp.), CLACSO, Bs. As., 2001.

Svampa Maristella, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus, Bs. As., 2005.

Sarlo Beatriz y Altamirano Carlos, **Dossier de artículos**, En: *Punto de Vista*, Bs. As., 1993.

Williams Raimond, **Del reflejo a la mediación**, En: *Marxismo y literatura*, Ed. Península, Barcelona, 1980.

ANEXO

ARTÍCULO PERIODÍSTICO PUBLICADO EN INFOBAE EL DÍA 27 DE JUNIO DE 2002

## Infobae.com

### Agresores

Aseguran que los piqueteros fueron para atacar a las fuerzas de seguridad

El jefe de la departamental policial del Conurbano Sur bonaerense, comisario inspector Osvaldo Vega, también lamentó la muerte los piqueteros de Puente Pueyrredón

El comisario Vega dijo que "esta gente (al referirse a los manifestantes) venía en forma artera a combatir y atacar a representantes de la seguridad del pueblo" y, calificándolos de "agresores que van a atacar a la policía", los acusó de "generar una situación desafortunada que lleva al fallecimiento de dos personas".

Consultado sobre si estuvo bien organizado el operativo policial, el responsable de mantener la seguridad en seis partidos del sur del conurbano bonaerense manifestó: "Perfecto no hay nada". Y añadió que "lo que ocurrió con esas dos personas será objeto de investigación", haciendo referencia a las muertes de Darío Santillán y Maximiliano Costequi.

Por su parte, la Coordinadora de Trabajadores Desocupados (CTD) Aníbal Verón afirmó que efectivos de la Policía Bonaerense asesinaron a Darío Santillán, de 21 años, y a Maximiliano Costequi, de 25, miembros del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Lanús y Guernica respectivamente.

"Los dos jóvenes fueron asesinados cuando escapaban junto a miles de desocupados de la emboscada que desataron las tropas policiales sobre las columnas que se movilizaron para cortar Puente Pueyrredón", afirmó un vocero de la coordinadora.

Mientras que el policía Vega, quien aseguró tener experiencia en "50 o 60 piquetes", reiteró que los piqueteros "venían a combatir" y que "se ve en las imágenes (de TV) muy clarito".

Sin embargo, en el comunicado, la CTD relató que, "tras las corridas ocasionadas por la policía en el Puente Pueyrredón, Darío (Santillán) se quedó junto a algunos compañeros en la estación Avellaneda para socorrer a un muchacho que había encontrado tendido en el suelo".

"Al ver al joven herido de bala se agachó en el piso para asistirlo y cuando vio que la policía volvió a avanzar sobre la estación le pidió a sus compañeros que se fueran porque él se quedaba cuidando al herido y en esa posición, inclinado sobre el otro joven, recibió un disparo en el cóxis que le perforó una arteria vital y murió", señaló la organización piquetera.

Vega, a su vez, consideró que "la operación (policial) estuvo como siempre", y que durante su experiencia en este tipo de manifestaciones "nunca se dio una situación como ésta".

El oficial de la policía bonaerense resaltó que los incidentes pudieron originarse porque "se está hablando de más de tres mil personas sincronizadas".

"No hay problema en que se manifiesten pero sin salir del orden público, con los daños, destrozos y lesiones que ayer ocasionó esta gente". Agregó que estos "entraron al lugar donde estaba ubicada la policía, por distintas partes, en forma sincronizada", relató.

"La policía utilizó elementos acordes a la situación: postas de goma y gases lacrimógenos", aclaró, en tanto desmintió que los efectivos haya utilizado "armas de fuego" y responsabilizó a los manifestantes de ese hecho, al asegurar que "se escucharon muchos disparos con armas de ese lado (el de los piqueteros)".

En tanto, los voceros del CTA relataron que Santillán, uno de los jóvenes muertos, construyó su casa junto a sus compañeros del Barrio La Fe de Monte Chingolo en Lanús y trabajaba en la bloquera del MTD, mediante el sistema de auto emprendimientos del movimiento, donde se hacen los ladrillos para los espacios comunitarios del barrio.

"Santillán había terminado la secundaria hacía pocos meses y había encontrado en el Movimiento de Trabajadores Desocupados un lugar de trabajo y de lucha por sus legítimos derechos", destacaron los voceros.